

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre.....	27
Semestre.....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

San Juan de la Peña (recuerdos).—En la muerte del malogrado niño Lucas Melgar y Saez (poesía).—Cárlas Cellini: cuento (continuación).—Al príncipe de Asturias á su paso por Córdoba en 1862 (poesía).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Explicación del figurín.—Explicación del pliego de dibujos.

## SAN JUAN DE LA PEÑA.

(RECUERDOS.)

La monarquía aragonesa, aquella potestad que hizo temblar los muros de Atenas y Constantinopla, que humilló el poder del árabe en Zaragoza y Córdoba, que tremoló su estandarte victorioso en ambos mares, y vino al fin á caer bajo el peso de su propia grandeza, tuvo su principio en la cumbre de un peñasco, de donde, como impetuoso torrente, había de precipitarse, inundando valles y campiñas.

Saliendo de la histórica Jaca, de esa bellísima

ciudad aragonesa incrustada en las montañas pirenaicas, luciente y hermosa con sus muros y torres, cúpulas y jardines; internándose el viajero por entre peñascos altísimos, pintorescos con su belleza primitiva; después de saludar al tradicional pueblo de Atares, que extiende sus antiquísimos edificios en el fondo de un barranco; al derruido monasterio de Santa Cruz de los Serós, que eleva aun su cúpula con ojivas bizantinas y cilíndricas molduras por entre los tejados de la pequeña aldea que le circunda, atravesando por un ameno bosque de nogales que guía al pie de una escabrosísima sierra, erizada de peñascos altísimos y surcada por profundos precipicios en cuyo fondo brilla y suena el raudal de los torrentes, comienza el viajero á ascender, y ve dilatarse con sorpresa ante sus ojos un paisaje, cuanto terrible magnífico. Puesto ya en la altura, penetrará al través de un mar de gigantescos pinos y abetos, que, formando oscura senda, llenan el espacio con un eco incesante de murmullos que el viento arranca á sus copas centenarias. Conforme se avanza, el bosque se aclara; ábrese por fin de nuevo la tierra, y el camino, descendiendo de aquella especie de esplanada, donde un momento ha serpen-



teado, se desliza por un profundo valle, costado por abismos espantosos, y, por entre rocas disformes y ciclópeas, allá, al abrigo de un peñasco de arena, sobre el fondo oscuro de una gruta colosal, se destaca el magnífico y tradicional monasterio de San Juan de la Peña, como si al conjuro de un mago hubiese atravesado la tierra para asombrar al viajero en el fondo de aquella caverna gigantesca.

Aquel edificio ceniciento es el templo donde tuvo lugar la inauguración del reino aragonés; de aquel roquero alcázar, bajo el torrente de hombres que, pasados tiempos y atravesando las campiñas de la Bética, habían de llamar con sus aceros en las puertas de la oriental Granada.

Allí, al abrigo de las altas rocas, disputando sus nidos á las águilas, se acogieron aquellos trescientos nómadas que, cuando la derrota del Guadalete, pudieron escapar de aquella inundación de turbantes que venia á ser la expiación providencial de tantos crímenes y liviandades como se cobijaban bajo el regio manto de Witiza y Rodrigo.

La tradición envuelve con sus alas perfumadas el origen de aquellas ruinas; por los años 775 Voto y Félix, hermanos y caballeros cristianos de Zaragoza, guiados por un prodigio á la cueva de Galaon, en la que está edificado hoy San Juan de la Peña, llamado el Viejo, encuentran el cadáver de un anciano ermitaño, cuya cabeza estaba recostada sobre el siguiente epitafio: *Yo, Juan de Atores, primer ermitaño, fabriqué esta pequeña iglesia en honra de San Juan Bautista.*

El anciano fue sepultado, y los dos hermanos se retiraron á la misma gruta, vistiendo el sayal del cenobita. Al punto, cuantos aragoneses se hallaban diseminados por aquellos lugares, acogiéronse á la sacrosanta caverna, y allí, á su sombra protectora, á la luz de las humildes teas, alzaron sobre el pavés á su caudillo, y García Jimenez, el valeroso montañés, fue elegido primer Rey de la monarquía aragonesa. Esta es la importancia histórica de San Juan de la Peña: la tradición llena aquel recinto: por entre la bruma de los torrentes parecen columbrarse las sombras de aquellos Reyes soldados, de aquellos héroes, de aquellos mártires.

Allí descansan los restos de Sancho Abarca y del

Tembloso García, de Ramiro I, de Sancho Ramirez y de Pedro I, con otra infinidad de augustos personajes, honra y orgullo del reino, á cuya grandeza se consagraron.

Cruce el viajero los atrios de granito, admire las molduras de los sepulcros, los afligranados de las bóvedas; allí contemplará con asombro la roca, encorvándose desde su base como para cobijar en un solo monumento la Religión, la libertad, la gloria, todas las armonías, en fin, de la naturaleza; y mezclado en agradable confusión con todo esto, surgiendo como la luz en las tinieblas, el arte se desliza al través de los peñascos, esculpe los muros con mosaicos, cimbreados en las galerías, sacude con profusión sobre las columnas, en los arquivoltas, en las ojivas, esculturas bellísimas, alicatados sorprendentes y epitafios gloriosos, todo brillante, pero todo cobijado, envuelto por el tinte severo, majestuoso, que revela el origen sombrío de la raza gótica, la magnificencia tradicional del arte cristiano.

Este es San Juan de la Peña. Triste, abandonado y silencioso el histórico monasterio, es solo visitado por el viajero artista que, ávido de emociones, quiere evocar en un recuerdo tantas grandezas ya pasadas.

Ya no se escuchan en sus claustros los cantos de los cenobitas, porque sus techos están hundidos, y por las grietas de sus bóvedas tan solo se ven cruzar las tempestades cuyo sordo bramido se mezcla con el incesante rugido del torrente; los pastores y los viajeros perdidos buscan abrigo bajo la cavidad de sus rocas, los buitres habitan en lo alto de sus muros, en sus pórticos crece el musgo, y la yedra se lanza al través de sus arcos ojivales.

Once siglos han cruzado por cima de ese monumento de la libertad aragonesa; San Juan de la Peña, como Numancia, como Sagunto, desaparecerá un día sin dejar mas rasgo de su existencia que un montón de escombros cubiertos de jales; pero esta agonía, esta muerte, no podrá borrar la grandeza que eternamente guardará la historia en su libro de oro hacia este monasterio, cuna y sepulcro de una raza de titanes. La tradición revolará siempre sobre aquellos inmensos bosques de pinos, de precipicios espantosos, de bullidoras cascadas, en donde el eco



parece relatar continuamente la gloriosa historia de tan magnífica epopeya.

JOAQUÍN TOMEY Y BENEDICTO.

## EN LA MUERTE

DEL MALOGRADO NIÑO LÚCAS MELGAR Y SAEZ.

¡Duermes...! La cuna plácida

meciendo, así decía,

ángel de luz vivísima

mas que la luz del día,

á un inocente párvulo

que dormitando está.

¡Mira; tras esas fúlgidas

nubes de azul y rosa,

hay un vergel magnífico

do la falange hermosa,

de serafines cándidos

á solazarse va!

¡Allí de inmenso júbilo

se siente henchida el alma,

allí, do en suaves éstasis

se goza eterna calma,

nombre no tiene el tétrico

afan devorador!

Ven... ven... ¡La virgen púdica

será tu dulce madre,

será el mártir del Gólgota

tu tierno, amante padre;

hermanos los arcángeles

que espejos son de amor!

¡El premio este es dulcísimo,

que á padres virtuosos

reserva Dios...! ¡Sus vástagos,

en ángeles hermosos

trueca, que el lauro espléndido

preparen á su sien!

¡Deja un lugar de lágrimas

y sinsabor amargo!

¡No temas muerte lúgubre,

que solo es un letargo!

¡Dichosos los que al límite

llegan del sumo bien!

Calló el ángel, y súbito

oyose una armonía,

tan suave, cual de célicas

arpas la melodía,

y vino un fulgor célico

la estancia á iluminar:

luego, entre aquel purpúreo

fulgor, bajó almo coro,

volvió á elevarse plácido

por entre nubes de oro,

y el parvulillo atónito

fue al cielo á despertar!

ANGELA GRASSI.

## CÁRLOS CELLINI.

CUENTO.

(Continuación) (1).

Un día que regresaba á su casa del ensayo de una ópera, le sorprendió al llegar al peristilo un ambiente pronunciado de violeta, y examinando la causa, halló que en todos los departamentos habian colocado una porcion de jarrones de aquellas flores, lujo que no podia menos de haber costado sumas enormes. Llamó á su ayuda de cámara, y, lejos de reprehenderle por aquel despilfarro, le felicitó por tan buen acuerdo; mas ¡cuál seria su sorpresa cuando el criado le dijo que aquellas flores no habian costado una sola guinea, sino que un hombre que se hacia llamar Mr. Kilson, y que al parecer tenia trazas de mayordomo ó administrador de casa principal, se habia presentado con ellas y las habia colocado por sí mismo en todas las habitaciones, advirtiéndole que eran obsequio de una persona resuelta á guardar el incógnito!

Cárlos se sonrió maliciosamente, achacando el delito á alguna de las aristocráticas amigas, y no pu-

(1) Véase nuestro número anterior.



do menos de agradecer y elogiar la discrecion con que se habia hecho la fineza.

—Debe ser una mujer adorable, exclamó para sus adentros, aspirando con júbilo el aroma de aquellas flores. En cuanto á lo del incógnito... ¡Ah! bendita... ella se descubrirá.

Y halagado por esperanza tan risueña no volvió á parar mientes en el suceso; mas en esto se llevó chasco. Pasó un dia, pasaron dos, y ocho, y veinte, y la presunta desconocida no se hacia visible, y todos los esfuerzos de Carlos por apoderarse del misterio no daban el menor resultado.

Á todo esto, una vez por semana, y aprovechando siempre una de sus ausencias, se presentaba en su casa el llamado Kilson á renovar las violetas de los jarrones, y donde quiera que se encontraba, en el teatro, en las tertulias, en los paseos, percibia sin tregua el perfume de aquellas flores, como si fuera el de un alma invisible que revolotease en torno de la suya, abrigándole con sus alas protectoras á manera de ángel custodio.

Esta circunstancia, aunque pueril, comenzó á inquietarle, y algunas veces, en medio de su vida turbulenta, sentia detenerse su pensamiento, y gravitar profundamente hácia aquel suceso estravagante cuya causa era un arcano para él y cuyos efectos tocaba tan de cerca.

Y andando el tiempo, no solo se limitó aquella proteccion desconocida á hacerle el obsequio de las flores, sino que, como si adivinara sus menores deseos y sus pensamientos mas recónditos, los realizaba inmediatamente, á ser posibles en la esfera humana y poniendo en juego los resortes mas delicados del ingenio. Esto era maravilloso, y tenia una atraccion irresistible.

Sucedio que una vez manifestó Carlos en público deseos de poseer una yegua admirable, de pura raza, que montaba gallardamente un jóven lord llamado Brian, rey de la moda y del escándalo, calavera infatigable y disipador por excelencia; uno de tantos gigantes del hastío que en la primavera de la vida llevan sobre sí la sombra de una caducidad precoz. Á los pocos dias de haber manifestado aquel deseo, recibió la yegua, con unas letras de Brian, en las que le decia: "Teneis, querido, un administrador

que entiende á la perfeccion el arte de arruinaros. Vuestro Mr. Kilson es una perla. Cuando uno no le quiere vender una cosa, dobla el valor, triplica, cuadruplica, y si esto no basta, se pone de rodillas para suplicar. Tanto me ha oprimido, que os envio mi yegua predilecta: mas no me lo agradezcáis, porque vuestro Kilson se ha empeñado en que reciba por ella quinientas libras. Yo espero que si manteneis mucho tiempo á vuestro lado al tal administrador, concluireis por pedir limosna en una esquina en vez de cantar en Covent-Gardeen."

En otra ocasion tuvo necesidad de encargarse un traje para hacer la parte de Fernando en *La Favorita*, y en lugar del que habia encargado, le mandó su sastre dos, fabricados de las telas mas preciosas, con broches de oro y brillantes, cuajados de perlas, y modelados á la época de la obra con el gusto mas esquisito. Acudió en seguida á averiguar en qué consistia aquella variacion, y le contestó su sastre en buen inglés:

—Cierto, señor, que me encargásteis otra cosa; pero á la media hora de haber salido vos de mi establecimiento, se me presentó Mr. Kilson, vuestro administrador, que por lo visto no se para en barras, y entregándome ocho mil libras, me anunció era vuestra voluntad adquirir dos trajes con arreglo á este estipendio.

Al llegar á este punto, sintió Carlos en su cerebro y en su corazon algo parecido á un desvanecimiento letal. ¿Quién era aquel Kilson? ¿Qué interes le movia para abrumarle con sus favores? ¿Era en realidad un hombre ó un ente sobrenatural, ángel ó demonio, interpuesto en su camino para cumplir algun designio de la Providencia? ¿Obraba por su cuenta, ó servia á alguna mujer revestida de los poderes de una maga, privilegiada con el don de hacer milagros, y destinada *ab aeterno* para compartir con él una existencia colmada de venturas y alegrías, ó una vida de condenacion y de desdicha agitada por desesperaciones sordas y tormentos inexorables?

La supersticion italiana, encastillada en el alma de Carlos por una parte, y por otra su imaginacion romancesca, sedienta de lo anónimo y de lo desconocido, le inspiraban ideas tan encontradas, haciendo germinar en su cerebro borrascas desoladoras.



Desde este momento se operó en su vida y en sus costumbres un cambio radical. Volvióse huraño y taciturno: se retrajo del comercio de las gentes, y por lo mismo que no se atrevía á comunicar á nadie su secreto, buscaba la soledad para rendirle un culto lleno de placeres atroces, como esos somnábulo del crimen ó de la desgracia condenados á soportar las noches de fiebre y de soñar despiertos, teniendo á la vista la imagen de sus culpas ó el espectro implacable de su infortunio.

La dicha de Carlos empezó á declinar como esos astros que llegan al máximo de su altura para rodar hácia el ocaso, y á vueltas de sus grandes escursiones por el campo de un idealismo doloroso, se sintió abrumado de cansancio, arrastrando una existencia feble y valetudinaria, sombreada por la melancolía y agitada por un torbellino de deseos.

Cuanto mas se aislaba, tanto mas cerca se creía de aquel ser sobrenatural que parecia respirar dentro de su atmósfera, y su inquietud y su angustia no tenían límites, y por conocerle hubiera dado su alma como Fausto, labrando esta idea el tormento mas acerbo de su vida, pues á ella se asociaba la nulidad de sus esfuerzos y la negacion de una dicha quimérica, constantemente entrevista y malograda.

Muchas veces, cuando el entusiasmo del público rendia á sus facultades de artista calurosas ovaciones, surgia de su pecho, en medio del triunfo, una voz desgarradora que hacia salir de sus labios las siguientes palabras:

—¿De qué me sirven esas flores, esos aplausos, esas coronas, si teniendo el poder de subyugar á mi antojo el sentimiento de las muchedumbres, no hay en mí fuerza suficiente para descubrir entre ellas al ser que adoro en secreto?

Y elevando al cielo una mirada errante, añadía:

—¿Qué es preciso hacer, Dios mio, para penetrar este fatal misterio?

Una noche en que se ejecutaba *Lucía* y en que interpretó el aria final como nunca, tal vez por lo que se identificaba aquella música suave y dolorosa con el estado de su espíritu, fue llamado estrepitosamente á la conclusion de la obra, y sin hacer caso de la lluvia de flores y de los aplausos con que le obsequiaba lo mas escogido de la sociedad de Lón-

dres, estendió por todos los ámbitos del coliseo una mirada sombría y penetrante, buscando el ideal de sus sueños vertiginosos. Entonces notó que en una platea señalada con el núm. 8 habia una mujer que acaso era la única que no le aplaudia; pero que apoyada sobre la barandilla del palco parecia sumida en un arrobamiento extraño. Aquella vision duró un momento, porque en el instante corrieron el telon; sin embargo, Carlos sintió que del fondo de su pecho se levantaba una especie de grito inmenso, una revelacion solemne, una voz grave y profética que le decia:

—Ella es... ella es.

Y corrió á enterarse á la contaduría del teatro. Preguntando allí á quién pertenecia la platea número 8, le contestaron con una precision encantadora:

—Pertenece á lady Hereford, rica solterona, fea, católica rancia, austera en sus costumbres, que no se presenta jamás en público sino cuando en el Palacio real hay besamanos ó recepciones, apasionada hasta el delirio por la música, mujer, en fin, cuya vida es un enigma para la buena sociedad de Londres, caritativa hasta la prodigalidad y dueña de una fortuna suficiente para comprar un Estado.

Carlos suspiró.

—No es ella, dijo.

¿Cómo habia de ser el ideal de su fantasía una mujer de quien la opinion no podia decir mas sino que era rica, solterona, católica y aficionada á la música? ¡Si hubiera sido hermosa!...

### III.

La primavera tocaba á su fin.

El plazo de la contrata de Carlos iba á espirar, y aunque la empresa de Covent-Gardeen quiso ligarle á sus intereses por medio de un nuevo compromiso, se abstuvo de realizarle, inclinándose mas bien á salir de Londres para ver si hallaba término á aquella vida de inquietudes dolorosas y de esperanzas crueles que mantenian su espíritu en estado de perpetua fermentacion.

Á últimos de abril recibió una carta de Italia, y conociendo la letra de sus padres, la abrió con alegría, dispuesto á saborear las dulces emociones que



había de proporcionarle. La carta estaba concebida en estos términos:

"Mi querido hijo: Te escribo bajo la impresion de un alborozo inmenso. Aquella deliciosa quinta situada en la falda de la montaña, á orillas del rio, que tanto te agradaba en tu niñez y en tu juventud, acaba de ser comprada á nombre tuyo por tu administrador el Sr. Kilson, que no ha abandonado este pais hasta que nos ha dejado instalados en la posesion. ¡Y qué hombre tan escelente es el tal Kilson! Nos ha colmado de bondades. Á veces no hemos podido menos de reprenderle por sus despilfarros; pero ¡ya, ya!... á todo contestaba: "Mi amo tiene mas oro que la California... mi amo me ha ordenado terminantemente que enjague todas las lágrimas... mi amo me ha dicho que siembre en esta comarca beneficios como Dios ha sembrado flores."

"Al oir esto hemos dado gracias á Dios con llanto de regocijo, porque suponemos que habrás sentado ya la cabeza, y á fuerza de economías te habrás formado un capitalito... ¡Jesus! no nos falta mas que tenerte á nuestro lado para acabar de ser felices, pues estando tú lejos no podemos serlo sino á medias. Lo que es tu madre asegura que en cuanto te tenga al alcance de su vista, no ha de parar hasta comerte á besos. El Sr. Kilson partió de aquí ayer tarde, y como nos dijo que iba derecho á buscarte, le hemos dado sendos abrazos para que te los devuelva á su llegada. Además, tu madre te envia un escapulario de la Virgen de los Dolores, tocado á la imagen de la capilla de la iglesia, y yo te envio una sortija de oro que he podido comprar con unas monedillas que se empeñó en hacerme tomar tu bendito Kilson. Además, como tu madre está en este momento mirando lo que escribo por encima de mi hombro, te enviamos en esta carta dos lagrimones tamaños como nueces, que se nos han caido involuntariamente de los ojos, recordando lo mucho que te queremos, lo bueno que eres para nosotros, y el porvenir que nos aguarda á tu lado cuando regreses al pais que te vió nacer. No dejes de hacerlo cuanto antes, que te esperamos como al Mesías. ¡Y si vieras qué recibimiento vas á tener en el pueblo! Como el tal Kilson ha hecho en nombre tuyo tantas caridades, no hay alma que no te bendiga ni rece por ti tres veces al

dia por lo menos, y hasta el señor cura, que vino á vernos, nos hizo llorar con ciertas palabritas que nos dijo, las cuales parecian llovidas de lo alto, segun el gozo y el consuelo que dieron á nuestros corazones. Hijos como tú son coronas de la vejez de sus padres, y aunque el universo entero te colme de gloria y de riquezas, no te ha de querer mas que nosotros, que nuestro cariño es tal, que la tierra no basta para contenerle, y por lo mismo es mucho mas grande que toda ella. Adios; piensa que nada puede satisfacernos mas que tu presencia, y arriba cuanto antes á este paraíso, donde te prometemos en nombre de Dios que has de encontrar la bienaventuranza."

Tal era la carta.

Al principio Carlos no pudo menos de enjugarse las lágrimas: despues se quedó aterrado. ¿No era extraño, maravilloso y al mismo tiempo fatal lo que le sucedia? ¿No era triste vivir bajo la presion de aquel insondable misterio que, rodeándole de felicidades aparentes, le condenaba en realidad á soportar una muerte moral, desesperada y sombría?

Despues de ocho dias de luchas sordas, de dudas y de vacilaciones, se decidió al fin á tomar un partido terminante, y en vez de hacer su viaje á Italia, se contrató para cantar en Filadelfia.

—Veremos, dijo, si este misterio se ahoga ahora en la inmensidad del Océano.

Y animado de estas ideas, se dió á la vela á mediados de mayo, tomando pasaje en el vapor *Redempcion*, perteneciente á la compañía de las Indias Orientales.

IV.

Carlos salió de Londres poseído de una tristeza mortal. En aquel inmenso panteon quedaban acaso sepultadas sus mas risueñas esperanzas, sus ilusiones vírgenes como el oro. El hombre es como las plantas, arraiga donde quiera que se establece; y aunque todas las desdichas hayan acibarado su existencia, siempre hay un punto á donde puede volver los ojos con cariño. Carlos abandonó á Londres, sintiendo en el fondo de su alma una agonía desgarradora.

En los primeros dias de la navegacion no salió de



su camarote, viviendo entregado á sus recuerdos como el avaro á su tesoro. Al fin entró en el período de la serenidad, y poco á poco llegó á conseguir el restablecimiento de su dolencia. Entonces se decidió á salir de su prision y se presentó sobre cubierta.

Se hallaban ya en alta mar: hacia un tiempo magnífico, y el *Relámpago* se balanceaba sobre la vieja espalda del Océano, con la gallardía de una dorada. Los pasajeros, como sucede siempre, salían á cubierta por las mañanas y por las tardes á contemplar el orto y ocaso del sol, grandioso espectáculo que no tiene rival en las armonías de la naturaleza. Carlos empezó á trabar relaciones con algunos, y así le fue siendo cada vez menos penosa la peregrinación que habia emprendido.

Durante los ocho primeros dias, ningun suceso alteró de nuevo la paz de su corazon renovando las antiguas heridas: la aurora de la razon comenzaba á disipar las tinieblas de su alma, y juzgándose fuera de la influencia del misterio y del sortilegio, comenzó á respirar con libertad, sintiendo circular por sus arterias torrentes de vida y de energía. Al noveno dia, y en una tarde que subia á cubierta á buscar la tertulia de sus amigos, percibió el mismo ambiente pronunciado de violeta que le perseguia por todas partes, y halló que casi todos los departamentos del buque estaban llenos de macetas de aquellas flores.

Carlos se sintió desfallecer. Corrió en busca del capitán, se encerró á solas con él, se abrazó á sus rodillas, y le gritó con voz suplicante:

—El misterio... explicadme el misterio.

El marino se encogió de hombros creyendo que aquel hombre estaba loco. Interpelado sobre la existencia de las flores en el buque, respondió:

—¡Bah! en eso no hay misterio, ni Dios que lo funde, amiguito. La ilustre y opulenta Compañía de Indias se ha empeñado esta vez en obsequiar á los pasajeros con esas macetas de flores, que por cierto no nos hacian maldita la falta. Es una lástima... ¡habrán costado buenas guineas!

Carlos no pudo sacar nada en limpio, y se retiró desolado. Desde entonces no volvió á salir de su camarote.

Y así pasaron algunos dias.

Carlos permaneció sepultado en su departamento negándose á recibir las visitas de todos los que por él se interesaban, incluso el capitán, que no pudiendo permitir se muriera allí aquel hombre sin auxilio, se decidió á echar abajo la puerta para que entrara el médico.

Así se hizo en efecto, y encontraron al jóven en el estado mas deplorable. Parecia un espectro. Habian perdido sus cabellos el brillo del terciopelo, sus labios las tintas de la grana, y sus mejillas la tersura del alabastro. Sombreaba su frente la línea de una arruga, y centelleaba en sus ojos un fuego erótico, especie de espíritu desconocido que reverberaba sobre sus órbitas con luminosidad estraña. El médico aseguró que no corria el menor peligro, y que aquellos efectos reconocian por causa una afección moral que el tiempo llegaría á corregir.

Carlos halló algun alivio al cabo de algunos dias, y volvió á subir sobre cubierta. Todos los pasajeros le recibieron con tierna solicitud, rodeándole de esquisitas atenciones, y él dió las gracias con una sonrisa dolorosa, aspirando con cierto frenesí el perfume de aquellas flores, cuya sola presencia despertaba en su alma memorias tan amargas.

Al doblar el Cabo de Buena-Esperanza tuvieron que sufrir un recio temporal, que se convirtió al segundo dia en tormenta formidable. ¡Qué lujo de horrores! Carlos no perdió un solo detalle de aquel combate desenfundado, de aquella furia vertiginosa, que parecia sacar de quicio las columnas inmensas de los orbes. Allí estaba Dios: el trueno era su palabra, el huracán su aliento, el relámpago su ira. Bramaban las olas como un pueblo en dia de motin, aullaban como monstruos invisibles, hervian como un volcan agitado por una combustión propia del infierno. Era un ruido del baratro, y un espectáculo donde se ostentaba la eternidad con su mas sombría magnificencia.

Carlos era el único pasajero que de pie, sobre cubierta, despojada la cabeza y soportando los torrentes de la lluvia, contemplaba con éstasis aquel espectáculo de desolación y esterminio, como si le sirviera de expansión y de recreo.

A la media noche se serenó el mar como por encanto, se despojó el cielo de nubes, brilló la luna,



bajó el capitán de la cámara de popa, arrojó su tabardo, y dando á Carlos una palmadita en el hombro, le dijo:

—De buena hemos librado, amiguito... Ya veis cómo el hombre sabe también vencer al huracán.

Carlos se sonrió, y bajó por la escotilla á su camarote, y así arribaron con toda felicidad al Nuevo-Mundo.

## V.

Carlos hizo su *debut* en Filadelfia con la ópera *Sonámbula*, del maestro Bellini. Inútil es decir que alcanzó un nuevo triunfo.

Entre las coronas que le arrojaron había una de hojas de laurel entretejida con violetas, la cual llevaba pendiente de un cintillo de oro el siguiente letrero:

*Á Carlos Cellini,  
en testimonio de admiración eterna,  
mister Kilson.*

Por esta vez arrojó Carlos al suelo aquel presente, le holló bajo sus pies, inspirado de una rabia feroz, y exclamó:

—¡Al diablo con este Kilson y con toda su descendencia! El proceder de este hombre es infame, y si le llego á echar la vista encima, hemos de acabar á tiros. En adelante no he de volver á recibir nada de este duende que se oculta para recrearse en mis tormentos. Se acabaron los escrúpulos, y los vanos temores, y las locas esperanzas. Me divertiré... seré un atolondrado... volverá á reanudarse el antiguo idilio de mis galanteos y travesuras. Dicen que soy un grande artista, y el Oriente es mío.

Así lo hizo. Volvió á arrojarle desesperado en el torbellino de la disipación, y se entregó de nuevo al escándalo con mas energía que nunca, aunque no sin remordimientos.

Así creía él vengarse del misterioso Kilson, cuyos obsequios no volvió jamás á aceptar. En cuanto hallaba en su casa algun objeto cuya procedencia acreditara que venia de manos del duende, le tiraba á la calle sin mas miramiento.

De esta manera se pasó un año. Al cabo de este tiempo, y gracias á su sistema, no volvió á saber de

Kilson, llegando á juzgarse completamente libre de su influencia. ¡Cosa extraña! Cuando esto sucedió, fuera por amor propio, ó por uno de esos fenómenos psicológicos que no se explican, volvieron á renacer en su pecho los antiguos deseos de descubrir la incógnita, si bien con menos intensidad.

Una noche, al regreso de la ópera, le anunciaron sus criados la visita de un extranjero, que tenia que hablarle con urgencia. Carlos tomó sus precauciones por si era algun malvado, y acto continuo le mandó entrar en su gabinete.

El desconocido era un hombre alto, seco, anciano, de fisonomía venerable, la cabeza poblada de cabellos mas blancos que el ampo de la nieve, y vestido con una modestia seductora. Todo en aquel hombre anunciaba atractivos irresistibles, y en su mirada había tal expresión de bondad, que ella era, por decirlo así, prenda segura de virtudes, y talisman que conquistaba las almas.

Saludó gravemente á Carlos, y con una expresión dulce, solemne y melancólica á la vez, le dijo:

—Caballero... soy Mr. Kilson.

El jóven lanzó un grito agudo y penetrante: corrió hácia el anciano, y cayó de rodillas. Él le levantó en sus brazos, se enjugó una lágrima, y le entregó en silencio una carta cerrada con lacre negro.

—Leed, dijo.

Y se cruzó de brazos. Carlos rompió el sobre, y devoró el contenido de aquel papel.

LEANDRO A. HERRERO.

(Se continuará.)

## AL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Á SU PASO POR CÓRDOBA EN 1862.

Entra con pasos seguros  
en esta ciudad, do el viento  
reparte aromas tan puros,  
donde vive un sentimiento  
que apenas cabe en sus muros.

Nunca la desconfianza  
con tu corazón se roce



sospechando una mudanza,  
cuando brilla en lontananza  
la estrella de Alfonso Doce.

Luces de lindos colores  
de tu grandeza en abono  
cercan tus tiernos albores,  
formando sendas de flores  
desde tu cuna hasta el trono.

Grande serás porque, bellas  
historias van á tu lado,  
enseñándote las huellas  
de Alfonso el de las *Querellas*,  
el de Búrgos y el Salado.

Porque recuerdas sin miedo  
aquellas legiones bravas  
que llegaron con denuedo  
con un Alfonso á Toledo,  
con otro Alfonso á las Navas.

Burlando el tiempo y sus iras  
que cuanto mira derrumba,  
ese esqueleto que miras  
es de Alfonso el de Algeciras  
que te bendice en su tumba.

Llega con paso sereno  
do guarda el sepulcro helado.  
dentro del cóncavo seno  
cenizas del Emplazado,  
restos de Alfonso el Onceno.

Descansa do el porvenir  
brinda á tu amor su cariño,  
donde en continuó bullir  
arrulla el Guadalquivir  
tu blando sueño de niño.

Goza en la hermosa ribera  
que de jazmines alfombra  
tu victoriosa carrera,  
donde sembró una palmera  
el Rey que cantó á su sombra.

En este tranquilo suelo,  
sin inquietudes ni encono,  
tendrás venturas sin duelo,  
por áurea corona el cielo,  
y nuestras almas por trono.

A. ALCALDE VALLADARES.

Córdoba 15 de setiembre de 1862,

## LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

¡Vuestros placeres me matan! ¡Vuestro amor me da un tedio insufrible! Cuando despues de sufrir el martirio de oiros y veros como arlequines disputar el color de un chaleco, el lazo mas bonito de una corbata, á la vez que hablais del amor de una mujer y publicais su nombre y sus favores, siento en mi pecho el valor necesario para desafiarnos y confundiros uno á uno, si no fuese porque deseo aparecer dichosa, contenta de mis juveniles gracias, de mis hechiceros atractivos.

¡El! ¡Sí, él!... ¡Siempre él!... Allí estaba, lívido, desalentado, buscando mis ojos sin cesar para lanzarme un reproche, una queja, un ademán de desesperación.

¡Porque me ama! ¡Sí, me ama!...

¡Pero qué tarde, Dios mio, qué tarde!

Esa mujer á quien entregó su mano y su fortuna, esa mujer de sociedad que conquistó su corazón mientras yo lloraba, en el fondo de mi sombría casa, la pérdida de aquella bendita madre que Dios puso á mi lado cuando perdí la mia, escarnece su nombre, es una mujer perversa que gasta su fortuna y la de su esposo en locos festines, en lujosos saraos.

¡Qué distinta hubiera sido tu suerte, Arturo, si hubieses amado á la inocente niña que solo sabia amarte y rezar!

Desechaste el ángel bueno, y aceptaste el del estérmino.

¡Y luego os quejais de la mujer!

La quereis inocente, pura, virtuosa, cuando fuisteis á buscarla donde habian gastado sus oídos des-

(1) Véase nuestro número anterior.



de los doce años con frases de sociedad y elogios de gabinete.

Yo pude hacerte feliz como ningún hombre, y dejaste pasar tu fortuna como deja el árbol escapar la ráfaga de viento que va á perderse en la montaña.

¡Y ahora! ahora reconoces que soy hermosa porque todos te lo dicen.

Entonces también lo era; pero no me daban el nombre de mujer á la moda, y no lucia entre mis cabellos los diamantes y las perlas.

Algunas sencillas flores eran mi adorno.

Tú no quisiste amar su perfume.

No me reconvengas. Sé desgraciado como yo lo soy.

El mundo no comprende nuestra existencia de lágrimas.

Todos ignoran tu amor, y yo también procuro hacer que lo ignore.

Ayer, cuando en mi ligero alazan crucé el Prado, mas veloz que un árabe en su indómito caballo, todos decían al pasar: "¡Oh qué hermosa! ¡Qué valiente! ¡Qué intrépida! ¡Qué adorable!"

El orgullo me cegaba, casi no llevaba sentido. Los hombres me parecían hormigas que iba á deshacer con las herraduras aquel hermoso animal.

Porque yo no amo á ninguno: yo los aborrezco á todos, y quiero dominarlos, que me admiren, que me amen, y decirles luego con una sonrisa fría, tendiéndoles mi helada mano: "Soy vuestra mejor amiga."

¡Y merecen otra cosa esos hombres de sociedad que solo aman las galas, el oropel, el brillo, la insolencia, el descaro, mientras que al ver la humildad, la modestia, el recogimiento, la soledad, el retiro, no encuentran la hermosura, ni la verdadera virtud, ni el perfume eterno?

Aunque mi alazan corria, como los celos y la desesperacion en mi alma, oía perfectamente los elogios que se tributaban á mi rico vestido azul y al elegante sombrero que sujetaba mis cabellos.

También veía la risa burlona de las mujeres como yo á la moda, que siempre encuentran algo que criticar en la que es mas hermosa que ellas.

Pero las pagaba bien su burla y su envidia, pues en

mi interior las compadecia, diciéndolo: "¡Infelices! ¡Mas vale que rian y no se acuerden de la desgracia de haber nacido mujeres!"

Ocho dias llevaba de bajar al Prado, siempre con distinto vestido, distintos adornos y distinto caballo.

¡No es eso lo que os gusta, hombres metalizados y elegantes?

La misma era yo hace cuatro años cuando llevaba del brazo á mi anciana tía, vestidas ambas con el humilde traje de lana negro, y todos me dejaban pasar sin admirarse de mi hermosura ni tributarme elogios ni adoraciones.

¡Oh cuánto gozo al retirarme á mi oratorio y rezar las oraciones que me enseñó aquella santa mujer despues de haber ejecutado mi alegre mascarada en el centro de esa sociedad, á quien, á pesar de su malicia y su ambicion, engaño todos los dias con mi aparente gozar.

¡Y tú, tú presencias mis conquistas y mis triunfos, y miras hasta con horror esa mujer que te has infeliz, y que elegiste, acaso porque bailaba bien, llevaba con coquetería su ramillete, ó tenia bonito acento para pronunciar el indispensable francés!

Mientras que yo, llena de virtudes cristianas, me consumia lentamente con mi existencia modesta, te me llamabas ignorante, tú creías que, á querer brillar, me faltaria elegancia, audacia, talento... Te engañaste, Arturo!

Tu presuncion se avergonzaba solo de concebir la idea de presentarme en los paseos, en las reuniones en los teatros, diciendo: "Esta es mi esposa."

Te figurabas que aquella pobre novicia que á los quince años solo sabia correr por el jardin y venir á recostarse en las rodillas de una anciana, y pasar las veladas rezando ó leyendo la *Fabiola*, las *Escenas de la vida cristiana*, *Los Mártires del cristianismo*, la *Biblia del año virgíneo*, ú otras obras por el estilo, se asustaria luego de las brillantes sociedades.

¡Te engañabas, Arturo! La Religión es la base de todas las virtudes; pero mi mentor era una mujer sin fanatismo. Me enseñó á ser religiosa, pero me dijo nunca que si el destino hacia que fuese un hombre, desobedeciese sus costumbres ni dejase de seguirle y acompañarle y complacerle en todo.

Yo hubiera aceptado tu vida cortesana, y hubiera



orado á la vez y hecho piadosas obras en remuneración de esos gastos inútiles que tu elevada clase requería.

Yo te hubiera amado hasta el delirio; pero no por eso hubiera olvidado al Dios que me dejaba gozar dicha tan inmensa.

Ya ha concluido todo entre nosotros.

La mas inmensa de las vallas nos separa.

Los sagrados lazos del matrimonio te han alejado de mí para siempre.

Yo brillaré el tiempo que crea necesario para que conozcas tu error, y luego iré á sepultarme en un claustro.

El ser nacido para hacerme feliz, no existe.

El alma gemela de la mia, no vive quizá por estos mundos. ¡Ay! por eso mi espíritu se ahoga, mi alieno desfallece, y tengo que buscar en la oración ese imán poderoso que falta á mi vida, esa estrella que busco que creí hallar en él, y que desapareció de mi vista como la luz que ve el marinero á lo lejos en el brillante faro, y que una isleta le oculta de repente, extraviando su sendero y sumiéndole en los abismos del mar.

La pobre Julia dejó caer su cabeza con desaliento, y solo salió de su letargo al oír en el reloj del gabinete las campanadas de las dos.

¡Ya llevamos dos horas de este nuevo año, y en ellas he vivido cien siglos con mi volcánica imaginación!

¡En estas dos horas acaso se haya formado una arruga en mi tersa frente, ó asome su plateado indiscreto una cana en mis cabellos!...

¡Vosotros los seres felices contáis los años por las horas que vivís!...

¡Yo os gano á todos en prolongar la vida, pues hago un siglo de cada día, y de cada siglo una eternidad!

¡Os desafío á vivir y á alargar la existencia!...

¡Un año! ¡Qué es para vosotros un año? Mañana le vereis huir, como el que acaba de pasar, diciendo con estúpida ansia de detenerle: "¡Qué pronto se fue!"

Mientras que yo le veo como una inmensa mole, sin encontrar un sitio en el pasado donde esconder su estension y su deformidad.

¿Dónde habrá sitio suficiente para encerrar todo lo que yo he vivido, todo lo que he meditado, todo lo que he concebido de amarguras y desengaños acerbos?

El caos fuera pequeño á los dolores de mi corazón, á los delirios de mi fantasía.

¡Pobre de mí! ¡Me había olvidado que esto es una fiebre!... ¡Que soy una hermosura sin rival, una mujer á la moda!...

¡Aquí! sobre el velador deben estar algunas cartas que me lo repitan mil veces.

¡Cuántas correspondencias! ¡Cuántos asuntos!

Un ministro de Hacienda no tiene que revisar todos los días mas solicitudes de cesantes, que yo cartas de personas que me son indiferentes.

¡Sí, sí! ¡Ya conozco las letras! ¡Os cansáis en vano!

¡Aquí!... ¡Sí!... ¡Siempre este hombre!... "Cárlos Jimenez Fuensalida."

Hé aquí el único enemigo que he hallado en mi senda de flores.

El único que se vengará cruelmente de mí desden.

¡Sí, te conozco! Ya has procurado ponerme en evidencia en todos los sitios públicos.

Sé que zahieres cruelmente mis hechos.

Que formas una comedia de cada uno de los amores que me supones.

Que cuentas historias secretas de escalas, de jardines, de altas horas de la noche y de doncellas que me sirven y se dejan sobornar por mis amantes.

¡Si yo tuviese un padre, un hermano!...

¡Ellos, solo ellos saben defender la inocencia, lavar las manchas que un hombre impío quiere echar en su sangre!

¡Pero yo... pobre de mí! ¡Sola! ¡Sin un corazón verdadero que comprenda la pureza del mío!

Ese hombre que he desdenado mil veces. Ese Cárlos Fuensalida, que se encuentra en todas partes, como el dolor, que me persigue sin cesar, que hallo siempre á mi lado cual una sombra, me aborrece hoy tanto como me amó al conocerme en los salones de la marquesa Clotilde.

Ese hombre es el ángel malo de mi existencia.

Sus insolentes epigramas, sus mordaces equivo.



cos, sus sonrisas siniestras, que considera el mundo como gracias de un trato festivo y jovial, hacen que yo palidezca y tiemble, y deponga el orgullo que los demas me hacen concebir.

Anoche ese hombre funesto se hallaba en un corrillo de alegres jóvenes, en la antesala de mi amiga Luisa.

Al pasar por su lado noté que hablaba bajo con los demas, mirándome maliciosamente. ¿Qué les diría, Dios mio? ¿Qué les diría?

Arturo llegó, y callaron todos.

Mis piernas temblaban, y mi cabeza quería irse desalentada hácia atras; pero al ver que una porcion de seres se fijaban en mí, alcé la frente con energía y mi paso se hizo marcado y firme, como el de un general que pasa delante de sus tropas. La virtud brillaba en mis ojos; la dignidad velaba mi semblante, y aquella grey corrompida y miserable que presidia el implacable Fuensalida bajó los ojos humillada, como el mezquino acusador en el tribunal de la justicia.

Vencí como siempre, y al poco rato, los mismos que deseaban humillarme se arrastraban á mis pies y se disputaban mis sonrisas.

¡Así es el mundo! Todo consiste en saber dominarle. El mas audaz es el vencedor.

Mientras así discurría Julia, rompía distraidamente el sobre de algunas cartas y la faja de algunos periódicos, para ver únicamente las firmas.

Una carta mas pequeña que las demas llamó su atencion, pues despedia perfume á violeta, como si hubiese estado en la caja de guantes de una hermosa.

Miró con atencion la menuda y no muy derecha letra del sobre, señales fijas de ser escrito de mujer, y creyó reconocer la autora.

Con efecto, era de Elena, y decia así:

«Julia mia: Te suplico encarecidamente que apenas recibas estas líneas te pongas en camino para Sevilla. Te aguardo con ansia.

«Mi esposo está en Londres, donde le habian llevado negocios comerciales, y hoy he sabido por telégrafo que ha sufrido un golpe terrible en sus intereses, y ha caído enfermo. ¡Cuántas adversidades desde que me casé!

«No sé lo que sucederá; pero yo tengo que marchar al momento á su lado.

«Podiera suceder muy bien que le perdiese, y con él mi fortuna, pues todo se habia aventurado en esta empresa.

«¿Quién quedará al frente de esta casa? ¿Qué haré Dios mio?... En esta incertidumbre, me acordé de mi amiga de mi niñez, de mi buena hermana... ¿Por qué no he tenido la suerte de que realmente lo seas?...

«Memorias tristes que hoy como nunca me atormentan! ¡Pobre Arturo mio! Nada pienso escribir de mis desgracias.

«Tenemos que hablar mucho.

«Ven al momento, para que yo parta sin demora. «La situacion es en extremo apremiante, y no doy que mi cariñosa Julia no me abandonará en la desgracia.

«Adios. Tu sincera,

«ELENA.»

(Se continuará.)

## ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1, 11.

*Primera figura.* Vestido de moair color gris rodeado en el bajo de la falda con dos vieses de la misma tela. Paletot igual con adorno parecido. Sombrero blanco adornado de flores y fleco de felpa.

*Segunda figura.* Vestido de alpaca color plata. Adorna el delantero de la falda una cinta gro blanca, con botones dorados puestos de trecho en trecho. En el bajo lleva un volantito encañonado y encima una ancha banda de crespon formando pliegues, y recogido cada uno con un boton sobre el lazo de cintas. Cuerpo alto, con aldeta atras; adorno figura torera. Sombrero blanco con bavero de blonda negra, adornado de flores y una garbancilla en lo alto de la copa.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubroff, calle del Pez, núm. 6, principal.





*Haute-couture et 1<sup>re</sup> classe en 2<sup>e</sup> de Paris*

1112

LES MODES PARISIENNES



